



Historia y Grafía

ISSN: 1405-0927

comiteeditorialhyg@gmail.com

Universidad Iberoamericana, Ciudad de
México
México

San Miguel, Pedro L.

Representaciones de los mayas en Estados Unidos. Reseña de "Romancing the Maya: Mexican
Antiquity in the American Imagination" de Evans, R. Tripp.

Historia y Grafía, núm. 25, 2005, pp. 213-219

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58922832008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Representaciones de los mayas en Estados Unidos

PEDRO L. SAN MIGUEL

Universidad de Puerto Rico

Evans, R. Tripp. *Romancing the Maya: Mexican Antiquity in the American Imagination, 1820-1915*, Austin, University of Texas Press, 2004, xiv, 202 pp.

Hace ya varias décadas que Benjamin Keen, en su estudio clásico, evidenció que los antiguos pueblos mesoamericanos han desempeñado un papel significativo en el imaginario occidental.¹ Ello se debe a un sinnúmero de factores, entre los que se encuentra el exotismo que, en buena medida, ha sustentado disciplinas como la antropología y la arqueología.² En Europa, esta fascinación germinó en la era de las grandes explicaciones geográficas y adquirió novedosas tonalidades en el siglo XIX, cuando el imperialismo de las naciones europeas las llevó a entablar nuevas relaciones con regiones del mundo donde habían florecido majestuosas civilizaciones. Seducidos por las antiguas culturas del planeta, los investigadores europeos las concie-

¹ Benjamin Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, México, FCE, 1984 (edición original en inglés de 1971).

² Esteban Krotz, *La otredad cultural entre utopía y ciencia: un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*, México, FCE/UAM-Iztapalapa, 2002.

bieron en ocasiones como antecesoras de la civilización occidental e hicieron colosales esfuerzos por acopiar, archivar y clasificar sus restos materiales.³ De tal manera, los sabios de Occidente contribuyeron a crear una tradición según la cual Europa aparecía como heredera y sucesora de esas venerables civilizaciones. Simbólicamente, Europa se apropió de dichas tradiciones –lo que se comprueba en los magníficos museos de ese continente– para conferir autoridad, lustre y prestigio a su propia cultura.

América no fue ajena a este juego de apropiaciones y construcciones, en especial en Estados Unidos, donde surgió, en el siglo xix, una pléyade de viajeros, aventureros, exploradores, escritores, pensadores, estudiosos y arqueólogos que intentaron construir una tradición “clásica” para su país fundada en las grandes civilizaciones mesoamericanas. Éste es, precisamente, el eje central del libro de R. Tripp Evans, *Romancing the Maya*. En tal obra, el autor reconstruye los esfuerzos de varios estadounidenses (o de europeos que habían adoptado la misma perspectiva de ellos) por explorar las ruinas arqueológicas de los antiguos mayas, estudiarlas, reconceptualizarlas y, en ocasiones, literalmente agenciárselas con el fin de trasladar dichos restos a Estados Unidos. La premisa de tan resueltos varones era que los indígenas de América constituían un único grupo humano y que, en consecuencia, las reliquias mesoamericanas formaban parte de una tradición cultural que pertenecía también –y quizás ante todo– a Estados Unidos, país que, además, debía convertirse en custodio de esa riqueza arqueológica debido a la incapacidad del Estado mexicano de protegerla de manera adecuada. A este singular séquito pertenecieron John Lloyd Stephens, Frederick Catherwood (de nacionalidad inglesa aunque fue colaborador de Stephens), Joseph Smith, Désiré Charnay (quien, pese a ser francés, fue auspiciado por estadounidenses) y Augustus y Alice Le Plongeon (él era francés naturalizado estadounidense y ella, inglesa).

³ Edward W. Said, *Orientalism*, Nueva York, Vintage, 1979, y *Culture and Imperialism*, Nueva York, Vintage, 1994; David Spurr, *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*, Durham, Duke University Press, 1994.

Según Evans, a lo largo de la centuria decimonónica y todavía a principios del siglo xx, estos entusiastas y originales arqueólogos y pensadores contribuyeron a delimitar las concepciones estadounidenses sobre las culturas mesoamericanas, en particular en torno a la civilización maya. Entre otras cosas, propagaron la noción de que dicha cultura formaba parte del pasado estadounidense, que ella pertenecía a cierta “tradición clásica” que, como la griega y la romana respecto de Europa, contribuía a brindarle densidad histórica y cultural al país norteamericano. Explicar tales invenciones o distorsiones constituye el propósito principal de Evans. En alguna medida, estos arqueólogos (con frecuencia aficionados) y estudiosos de la antigüedad maya fueron continuadores de un variopinto conjunto de cronistas, eruditos y viajeros que, a lo largo del periodo colonial, dejaron testimonios acerca de los monumentos y los vestigios de las sociedades mesoamericanas. No obstante, en ese periodo, la investigación sistemática era harto difícil por varias razones, entre ellas el celo con que España vigilaba sus colonias. Esto fue así hasta fines del siglo xviii, cuando la Corona española liberalizó su política exclusivista. Además, a fines del periodo colonial los criollos de América sintieron una mayor afinidad con el pasado indígena, lo que fue generando un clima favorable para su estudio. Sin embargo, no fue sino hasta la consumación de la Independencia cuando se hizo factible la apertura del país a los estudiosos del extranjero.

Entre dichos investigadores se encuentran Stephens y Catherwood. Gracias a su colaboración, el público estadounidense tuvo acceso a publicaciones relativamente baratas que ofrecían minuciosas descripciones de los restos arqueológicos mayas, acompañados de grabados realizados por Catherwood. Ya desde entonces se manifestaron las pretensiones de vincular los monumentos mayas con la tradición cultural de Estados Unidos; de modo irónico, este empeño llevó a Stephens a descartar las teorías, entonces en boga entre los estudiosos europeos, que ubicaban en el Viejo Mundo los orígenes de las antiguas civilizaciones americanas. Gracias a esta insistencia en una “autoría autóctona”, los estudios mesoamericanos conformaron poco a poco una disciplina autónoma y, por otro lado, reafirmaron entre los estadounidenses su soberanía cultural frente a Europa. Amén de los textos

de Stephens, en esta ingente labor cumplió un papel destacado la obra gráfica de Catherwood, quien produjo precisas representaciones de los monumentos mayas, envueltas con frecuencia en un imaginario romántico que pretendía glorificar esos restos arqueológicos, al equipararlos con el pasado clásico europeo.

Otra figura estudiada por Evans es Joseph Smith, cuya obsesión por la arqueología maya tenía un origen religioso. Smith fue el fundador de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, cuyos miembros son conocidos como mormones. En el marco de su doctrina religiosa, Smith intentó demostrar que América había sido objeto de la evangelización antes de la conquista española. En tal sentido, las ruinas arqueológicas mesoamericanas probaban la presencia en América de una civilización antigua similar a las del Viejo Mundo. Basado en buena medida en los hallazgos y las descripciones de Stephens, Smith concibió las civilizaciones mesoamericanas como parte de la tradición cultural estadounidense. Por tal razón, Evans concluye que, en el siglo XIX, la filosofía religiosa de los mormones reflejaba el programa de expansionismo territorial de Estados Unidos. Los líderes espirituales de esa Iglesia “confirmaron”, mediante el Libro de Mormón, la preeminencia de dicho país en el continente y, a la vez, proclamaron que sus miembros trascendían las fronteras nacionales. En este relato de salvación, las antigüedades mesoamericanas quedaron subsumidas en una narrativa estadounidense que, por un lado, excluía las influencias europeas y, por otro, “divorciaba a los latinoamericanos contemporáneos de cualquier vínculo directo con dichos monumentos”. Así se respaldaba el sentido de la existencia de un “destino manifiesto”, ya que ese pasado monumental se concebía como “el primer estrato de una civilización ‘americana’ o estadounidense” (p. 102; la traducción es mía).

La siguiente figura estudiada por Evans es Désiré Charnay, francés emigrado a Estados Unidos que realizó su labor, en buena medida, gracias al apoyo que obtuvo en ese país. La obra de Charnay se distinguió sobre todo por incorporar nuevas técnicas que permitieron reproducir con mayor fidelidad los restos arqueológicos mayas; entre ellas la fotografía, que Charnay empleó en calidad de precursor en el

campo de la arqueología, y las técnicas de moldeado (*casting*). Gracias a esas herramientas Charnay dio un impulso extraordinario a los estudios arqueológicos; y amplió notablemente las posibilidades de recrear los monumentos mesoamericanos en los museos estadounidenses. Más aún: esas técnicas explican en gran medida las repercusiones visuales e ideológicas de las reproducciones arqueológicas que se exhibieron en la Feria Mundial de Chicago en 1893.

Ésta no fue, sin embargo, la única aportación de Charnay a la creación de los imaginarios estadounidenses en torno a las civilizaciones mesoamericanas. Fundado en las teorías racialistas⁴ existentes en Francia en el siglo XIX, Charnay elaboró una interpretación de las culturas indígenas de Norteamérica según la cual éstas eran producto de un tronco único, que él ubicaba en la cultura tolteca. Recurriendo al difusionismo, Charnay respaldó los supuestos vínculos entre las culturas mesoamericanas y las del país norteamericano. Así sustentó esa mítica conexión entre la historia estadounidense y la impresionante evidencia arqueológica que había logrado reproducir.

Evans cierra su interesante libro con los esposos Le Plongeon, a mi juicio los personajes más excéntricos del grupo de singulares personajes ahí estudiados. Para empezar, Augustus Le Plongeon suscribió las teorías difusionistas que hacían de América del Norte el “continente madre” de las civilizaciones del orbe. Propenso a la manipulación de la evidencia fotográfica de los restos arqueológicos, sus concepciones lo indujeron a elaborar algunas de las más extravagantes interpretaciones que se han escrito sobre las antiguas civilizaciones americanas. Por ejemplo, desarrolló una teoría *inversa* acerca de las migraciones entre Asia y América, ya que, según él, había sido de este último continente —específicamente de Mesoamérica— de donde habían partido las migraciones que, luego de cruzar el Estrecho de Bering, habían poblado el Viejo Mundo. Según esta particular teoría difusionista, la antigua civilización egipcia había sido producto de los descendientes de esos emigrantes.

⁴ Uso el término como lo emplea Tzvetan Todorov en *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*, México, Siglo XXI, 1991.

Además, Le Plongeon contaba con una inusual metodología arqueológica, denominada por Evans “arqueología psíquica”. En efecto, él y su esposa eran fervorosos creyentes en el esoterismo y el ocultismo, razón por la cual Le Plongeon alegaba que sus descubrimientos arqueológicos –varios de los cuales fueron en verdad sorprendentes– se debían a sus facultades sobrenaturales. Incluso llegó a asegurar que en otra vida había sido un guerrero maya cuya imagen aparecía en una de las pirámides de la ciudad de Chichén Itzá. Pese a todas sus extravagancias, Le Plongeon realizó hallazgos importantes, entre ellos los de los célebres *Chaac mool*. No obstante, las excentricidades ligadas a sus descubrimientos finalmente lo desacreditaron entre los arqueólogos. Además de su insistencia en el esoterismo, en su conexión espiritual con los antiguos habitantes de Mesoamérica y su creencia en que la masonería había existido entre los antiguos mayas, Le Plongeon se empeñó en construir un relato acerca de las antigüedades mesoamericanas donde las desaparecidas civilizaciones de la región formaban parte de una épica estadounidense. En tal sentido, fue un continuador de la venerable interpretación que se remonta al menos a los trabajos de Stephen.

Como resulta evidente, el libro de Evans constituye una muestra más del papel simbólico que Mesoamérica, su historia y su cultura han desempeñado para Estados Unidos. Por tal motivo, esta obra constituye una aportación significativa al estudio de las representaciones culturales que se han forjado en el país norteamericano en torno a México y su pasado. No obstante, la obra de Evans también encierra una paradoja interesante. Hace años que el maestro hispano-mexicano Juan A. Ortega y Medina hizo referencia en varios trabajos suyos a lo que denominó “monroísmo arqueológico”. Con esto remitía, precisamente, a esa singular tradición estadounidense que concebía el pasado mesoamericano como parte consustancial a la herencia cultural y arqueológica estadounidense.⁵ De hecho, hasta donde conozco, Ortega

⁵ Juan A. Ortega y Medina, “Las culturas prehispánicas en la historiografía anglosajona”, en Álvaro Matute (ed.), *Historiografía española y norteamericana sobre México (Coloquios de análisis historiográfico)*, México, UNAM, 1992, pp. 107-20, e *Imagología del bueno y del mal salvaje*, México, UNAM, 1987.

y Medina fue el principal promotor de dicha tesis. Sin embargo, ni en las notas ni en la bibliografía de la obra de Evans, aparece una sola mención de tan notable erudito. ¿No abona esto la sospecha de que la apropiación simbólica de “lo mesoamericano” (y por ende de “lo mexicano”), que Evans exhibe con claridad magnífica en su libro, lejos de constituir una añeja y eclipsada costumbre decimonónica, sigue operando actualmente en el mundo intelectual estadounidense? ■